

Técnica y utopía: biografía intelectual y política de Alejandro López, 1876-1940

Mayor Mora, Alberto

Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, 2001

Gonzalo Cataño

Profesor Universidad Externado de Colombia

EN NUESTROS DÍAS APENAS SE menciona el nombre del ingeniero civil Alejandro López. Su obra parece haber envejecido, y su tiempo se ha hecho distante y remoto para los colombianos de finales del siglo XX y comienzos del XXI. Sus escritos estuvieron muy unidos a los problemas de la época, y el país cambió tanto después de 1950 y 1960, que las meditaciones del antioqueño quedaron en suspenso, en espera de la evaluación de los historiadores de las ideas y de los sociólogos del conocimiento. ¿Sus análisis son relevantes para comprender las dificultades del presente? ¿Ofrecen todavía una guía para el diseño de programas y políticas sociales? ¿Sus textos ocupan un lugar significativo en la ciencia social nacional? El reciente volumen de 620 páginas de Alberto Mayor Mora, *Técnica y utopía: biografía intelectual y política de Alejandro López*, ofrece respuestas a estos interrogantes.

Alejandro López fue un hombre de la política, la técnica, el *management*, la economía y la crítica social. Nació en Medellín en 1876 y murió en Fusagasugá. Proveniente de una familia de sastres con marcadas aspiraciones educativas, obtuvo el grado de ingeniero civil en la Universidad de Antioquia en 1899 y el de ingeniero de minas en la prestigiosa Escuela Nacional de Minas en 1908. Participó en la Guerra de los Mil Días, y Rafael Uribe Uribe fue

durante toda su vida uno de sus ídolos más preciados. Desde 1910 se involucró en la política regional como concejal de Medellín y diputado de la Asamblea de Antioquia. Fue profesor de la Escuela Nacional de Minas, donde enseñó administración, economía y estadística. Durante aquellos años patentó dos invenciones de relativo éxito: una descortizadora de cabuya que llamó "Desfibradora Antioqueña", y una máquina para hilar que bautizó con el rótulo más ambicioso de "Hiladora Colombiana". Fue gerente de la empresa minera franco-colombiana El Zancudo, cargo que le permitió unos apreciables ahorros con los cuales viajó a Europa en busca de educación para sus hijos y de un ambiente propicio para escribir y completar su formación en economía política. Vivió en Londres entre 1921 y 1935, y allí trabajó, leyó y redactó sus obras más representativas. Regresó al país con un gran prestigio intelectual y político, al momento fue elegido a la Cámara de Representantes y luego llegó a la gerencia de la Federación Nacional de Cafeteros. Murió poco antes de cumplir los 64 años, con una imagen de fracaso en la gestión de los asuntos cafeteros –naufragó en su intento de regular el mercado del grano para frenar la especulación– y con un sentimiento de infortunio familiar nunca superado.

Alberto Mayor nos cuenta todo esto y mucho más en su grueso volumen que ostenta una impresionante información tomada de las más diversas fuentes: entrevistas, publicaciones periódicas, documentos oficiales, archivos familia-

res y papeles de universidades, de organizaciones políticas y de asociaciones profesionales. El libro es un hervidero de datos, y el lector sospecha que el autor observó, leyó y examinó toda la evidencia disponible acerca de Alejandro López. Los pies de páginas están por lo demás listos a registrar este empeño erudito acumulado durante años, décadas quizás, en el cual no faltaron los repetidos viajes por Colombia, Europa y Estados Unidos. Es evidente que con este esfuerzo ha comenzado a colmar el viejo reclamo del recordado Jorge Villegas, un antiguo compilador y promotor de la obra de López, quien en 1976 había señalado que faltaba "una recopilación sistemática de sus escritos periodísticos y un conocimiento más profundo de su vida y obra".

El autor es consciente de las innovaciones de su libro. En los prolegómenos anuncia una biografía intelectual moderna, crítica, franca y veraz, libre de inclinaciones partidistas y ajena a la autocensura de viudas y herederos, tan corriente en la biografía tradicional colombiana salida de los círculos familiares del biografiado o de las arcas de la Academia Colombiana de Historia, siempre tan afín a la exaltación y al encomio. Con la ayuda de una perspectiva histórico-sociológica, la vinculación de la vida y obra con las circunstancias que rodearon al personaje, Mayor aspira a descifrar "una de las más intensas personalidades de la escena política e intelectual colombiana de la

primera mitad del siglo XX". Por su magnitud, el libro se acerca a ese grupo de exhaustivas biografías publicadas en los últimos diez o doce años sobre el pensamiento, la política y la cultura colombianas, como la fina y bien ensamblada *Vida y política económica de Lauchlin Currie* de R. J. Sandilands (1990), la evaluación de un compositor en *Imagen y obra de Antonio María Valencia* de M. Gómez-Vignes (1991), la vida de J. A. Silva en *El corazón del poeta* de E. Santos Molano (1992), el registro de la política, el pensamiento y los negocios regionales en *Gonzalo Restrepo Jaramillo* de V. Álvarez Morales (1999) o el "Laureano Gómez study" de James D. Henderson en su comprensiva *Modernization in Colombia* (2001).

Pero desde un comienzo hay signos que tienden a nublar este esfuerzo innovador. Mayor está demasiado unido sentimental y afectivamente a su objeto de estudio para evitar la hagiografía. Desde las primeras páginas recuerda a los lectores que su biografiado "fue una figura estelar de la cultura política e intelectual colombiana"; un hombre que "con medios escasos estableció grandes verdades"; un ensayista "de impresionante solidez" y de "luminosa visión interdisciplinar". Su "clarividencia era asombrosa"; "pensaba en grande, al estilo de un Mon y Velarde"; poseía "un realismo que hoy haría empalidecer al más avezado de nuestros políticos", y "en el campo de batalla —en las contiendas públicas— quedarían tendidas muchas de las reputaciones y pretendidas honras de quienes se enfrentaron con él". Sus informes eran, por lo demás, "estudios sesudos, macizos y bien documentados". Este clima, falto de una prudente distancia que avecina peligrosamente el trabajo de Mayor a los panegíricos de la biografía piadosa de la cual tanto se quiere diferenciar, surge una y

otra vez a lo largo de la obra. Y cuando su paladín fracasaba en los proyectos de reforma social, manifiesta que su visión "era demasiado en grande para unos coterráneos que pensaban demasiado en pequeño".

El grueso del libro está dedicado a exponer los programas políticos, las ideas y el contenido de los escritos de López. El aspecto estrictamente biográfico es sólo una ayuda para comprender su pensamiento. "Se tratará de rescatar —anota Mayor— no tanto el personaje, cuyos rasgos biográficos incompletos caen a veces en la biografía tradicional colombiana, sino el método que le permitió llegar a una visión unitaria del país y de sus problemas". ¿El método? A lo largo del libro no es claro lo que con ello se quiere significar, pero de sus páginas se desprende que tanto en la actividad política como en los escritos de López siempre hubo una actitud experimental, una sensibilidad por la claridad conceptual aunada al rigor empírico; un control de la teoría a partir de los hechos; un tratamiento de los problemas partiendo de sus elementos constitutivos y de los datos que anunciaban su medida. No en vano López y sus asociados fueron autores, traductores o promotores de textos de estadística o de publicaciones que registraban la aritmética del departamento de Antioquia en asuntos demográficos, económicos, culturales y sociales, sin descuidar los aspectos geográficos, como los cambios pluviométricos de la ciudad de Medellín. A juicio de López, todo aquello era relevante para un adecuado conocimiento de la realidad, siempre tan huidiza cuando se carecía de instrumentos seguros. Como buen ingeniero, sabía que la imprecisión es fuente de equívocos tanto en el dominio de la naturaleza como en los campos de la política y de la reforma social.

Pero si ésta era la estrategia general de conocimiento, en lo que respecta a la reforma social había algo más que López, empleando un molesto neologismo, llamaba la técnica de la *indirección*: "Hacer ciertas cosas que no son sino medios para llegar al verdadero fin perseguido". No promover el cambio en forma directa, sino mediante rodeos tácticos para evitar choques y resistencias innecesarias, como lo hacen los grandes estrategias de la guerra. Ejemplo: para impulsar la libertad civil, lo más indicado no sería buscar y promover alzamientos, sino independizar económicamente a los individuos (proceso que en las sociedades agrarias como la colombiana significaba la democratización de la tierra). Lo demás vendría por añadidura: el voto, la educación, el ahorro, la independencia personal, la lucha por la igualdad de oportunidades, entre otras cosas.

Con estos preceptos metodológicos, y una prosa controlada, López redactó sus trabajos más festejados: *Problemas colombianos*, *El trabajo*, *Idearium Liberal* y *El desarme de la usura*, y la tesis de grado sobre *El paso de La Quebrada en el Ferrocarril de Antioquia*. Unas veces eran los datos cuantitativos, otras los cualitativos —los históricos y aquellos fruto de la observación y la experiencia— y, unas más, la combinación de unos y otros. Ellos adquirían vida en marcos de referencia derivados de la ingeniería, la administración, la economía o la sociología, disciplinas de las que se valía para nutrir un discurso dirigido a promover la riqueza y el bienestar entre los colombianos. Siempre se lo veía objetando un estado de cosas y sugiriendo el remedio para su eventual solución. Buscaba el progreso y era optimista respecto de las posibilidades de la condición humana para alcanzarlo.

Con obstinación no exenta de dramatismo, llamaba la atención de las “clases directivas” sobre la necesidad de corregir, superar y orientar los problemas sociales. Un “hombre de acción eficaz” lo llamó su amigo Luis López de Mesa. No es por ello extraño que sus libros se resientan del molesto sermoneo de quien cree tener la solución para todas las dificultades del momento. A su juicio, las opciones de los pueblos eran pocas y la Providencia no era muy dada a brindar una segunda oportunidad; el tiempo corría y el que se equivocaba perdía “una jugada en el ajedrez de la vida”.

Siguiendo los puntos de partida de López, Mayor rastrea con éxito sus fuentes intelectuales, especialmente en los terrenos de la economía y la administración. List, Jevons, Wagner, Marshall y Keynes para la ciencia que explora los factores de producción —tierra, trabajo, capital y organización— y Taylor y sus discípulos para el manejo racional de la empresa moderna. A continuación, aborda las obras más significativas del ingeniero civil, a cuyo resumen dedica buena parte de *Técnica y utopía*. A *Problemas colombianos* le consagra, por ejemplo, 63 páginas. Alguien podría pensar que el autor es aquí exhaustivo, que pretende agotar la materia objeto de estudio. Pero esto no es siempre cierto. El número de páginas no está asociado tanto al examen comprensivo de la obra de López, como a la interminable glosa de su contenido. Mayor no expone, cita *in extenso*. No conoce la síntesis, la virtud más apreciada en la investigación histórica. Cuando aborda un libro de su héroe, lo presenta —como fiel discípulo— siguiendo el índice del tomo en cuestión, esto es, capítulo por capítulo, sección por sección. No hay allí esfuerzo por la presentación global y condensada; carece de categorías analíticas que le permitan

separar lo esencial de lo superfluo. Su método de exposición, muy familiar al de la historia tradicional de la academia, es fruto de la vieja faena, ironizada por Collingwood, de “tijera y engrudo”, de recorte y pegamento, de espaciosos extractos tanto en el cuerpo del trabajo como en los pies de página seguidos de comentarios que apenas ilustran las palabras citadas. Con este procedimiento, el tamaño del lomo crece artificialmente hasta alcanzar los nada despreciables 565 folios de texto corrido. Ello crea en el lector la sensación de que no está leyendo un estudio de Mayor sino una antología de los escritos de López. Un caso extremo de este estilo perifrástico se encuentra en la presentación del opúsculo *El desarme de la usura*. En la edición original de 1933, el folleto de López tenía 31 hojas y Mayor le dedica en su libro 23 perseverantes páginas. Apela al cuadernillo, lo extracta, lo acota y lo elogia hasta el agotamiento. Ante esta exuberancia, el lector iniciado piensa que quizá la decisión más sabia hubiera sido la inclusión del opúsculo entero. Con ello quizás se hubiera ahorrado la cansina paráfrasis y la reiterativa amplificación del trozo referido. Tanto se insiste en esta modalidad expositiva, que en ocasiones se tiene la impresión de que *Técnica y utopía* no avanza, y que el autor apenas controla sus secciones. Las citas crecen, se emancipan, cobran vida propia y tienden a gobernar al autor y tras él a los lectores y al volumen en su conjunto. Todo se glosa y se trae a colación, y en medio de esta labor todo se vuelve a su vez importante y significativo.

A continuación de la presentación de las obras de López, Mayor adiciona información sobre la recepción que alcanzaron en su tiempo. Este procedimiento enriquece sus páginas y le confiere un aire fresco a sus capítulos. Pero nueva-

mente el fervor lo traiciona. Con un tono no exento de anacronismo, se acerca a los contemporáneos de López con sublime autoridad para destronar sus puntos de vista cuando los encuentra impropios o contrarios a los suyos. Califica la reseña de Luis E. Nieto Caballero de *Problemas colombianos*, de “anodina y sin reacción crítica, conciliadora y carente de percepción de la profundidad de los planteamientos de López”. Al ex presidente Carlos E. Restrepo lo censura por su “falta de percepción [del problema agrario]”, y a Antonio José Restrepo, el popular Ñito Restrepo, lo estigmatiza porque “no captaba los conceptos teóricos que ordenaban los hechos [consignados en la obra]” y porque “careció de penetración para entender que *Problemas colombianos*, era, en cuanto a sus fundamentos, un libro de ciencia social netamente europeo”. A diferencia de ellos, Mayor, siguiendo al mismo López, considera que —“por su osadía intelectual y visión futurista”— la obra se había convertido quizás “en uno de los libros que más contribuyó indirectamente a socavar el régimen político imperante hasta entonces”. Con una vasta información reunida durante años, Mayor deplora que los contemporáneos de López no hayan escrito reseñas tan perceptivas como las suyas.

Una de las contribuciones más provechosas de la espaciosa monografía de Mayor —que en la página 355 califica de “ensayo”— es la de indicar con suficiente amplitud la formación económica de López. Leyó en francés e inglés los economistas más relevantes de su tiempo, y en su larga estadía londinense se hizo miembro de la Royal Economic Society, donde la figura de Keynes era dominante, y del National Liberal Club, una dependencia del partido liberal inglés de agitación política e intelectual, dos institucio-

nes que le permitieron una relación más estrecha con las discusiones académicas y los debates sobre las reformas del momento. Mayor rastrea la asimilación de este aprendizaje y el uso que hizo de él en sus escritos, y afirma de manera persuasiva el nombre de López como economista o, para satisfacer las mentes más exigentes, como uno de los más notables protoeconomistas nacionales. Lo que no parece tan claro, sin embargo, es su relación con la sociología. ¿A qué aludía López cuando usaba el vocablo de Comte? ¿Era una disciplina residual? ¿Aquello que queda después de agotar las dimensiones económicas, culturales y políticas de los conglomerados humanos? Mayor subraya la lectura y huella de Gabriel Tarde y de Lester Ward, nombres que el mismo López menciona en el prólogo a *El trabajo* como una de sus lecturas más provechosas en lo que concierne a las “necesidades humanas” (la conciencia de que algo hace falta y que es urgente alcanzarlo para llenar un vacío). Tarde, a quien López cita en un pasaje como psicólogo –aproximación que Durkheim hubiera aplaudido– no parece ser un autor clave, o al menos fundamental, más allá del tratamiento de las relaciones entre trabajo, invención y necesidades, aunque Mayor insiste una y otra vez, y de manera poco persuasiva, en vincular el uso del verbo “imitar” en los escritos del ingeniero civil con el concepto de *imitación* del pensador francés (el proceso mediante el cual los individuos o los grupos copian las ideas, los comportamientos y las maneras de sentir de otras personas). No obstante la amplitud de sus lecturas, López –que sepamos– nunca abordó la sociología como disciplina poseedora de un objeto propio con marcos analíticos y estrategias particulares de conocimiento. Su asunto de más experiencia y vocación fue siempre la economía, pero ello no le impidió una visión general del

contenido y alcance de la ciencia de Comte. Cuando criticaba o sugería un programa de mejora social, era muy dado a advertir la necesidad de consultar “ante todo la sociología colombiana”, esto es, la historia, las costumbres, las creencias, la personalidad, los modos de ser y los estilos de vida de los diversos grupos de la población que habitaba el territorio de la nación. Quien no lo hiciera estaba destinado a fracasar en su intento transformador. Esto le permitió un sentido de realidad que hizo que sus enfoques y programas parecieran siempre viables y no mera elucubración de una mente iluminada extraña a todo control fáctico.

Su interés por la dimensión social, unida a los asuntos económicos, se manifestó con claridad en su programa trazado en *Idearium Liberal*. Bajo la inspiración del opúsculo de Keynes, *El fin del “laissez-faire”* de 1926, y de algunos materiales del partido liberal inglés, López se enfrentó con el “leseferismo” de los ideólogos del partido liberal colombiano representado por dignatarios como el ya citado Antonio José Restrepo o Tomás O. Eastman, quien por “mucho tiempo –apuntó el ingeniero con no disimulada picardía–, sostuvo en Colombia una sucursal de la filosofía [de Herbert Spencer]”. Para López el “dejar hacer” era un asunto del pasado; ahora era necesario que el Estado asumiera la dirección de las múltiples tareas que los individuos privados no podían o no querían atender. El Estado debía controlar el dinero y el crédito, debía fomentar y orientar el ahorro y la inversión, debía proteger al trabajador –al obrero y al peón– ante el poder de la gran industria y de los grandes propietarios de la tierra. Su papel era promover la equidad y el bien común, razón por la cual debía tener bajo su dominio la explotación de los servicios públicos –buena parte de ellos

en manos privadas en la época de López– y administrarlos con eficiencia atendiendo las demandas del mercado lejos de “los defectos de la burocracia y las dificultades del formulismo oficial”. Este llamado de 1931, el año de la publicación de *Idearium Liberal*, pone las obras de López al orden del día en una era asistida por el desalojo de las funciones “sociales” del Estado. Por ironías de la historia, el organismo que orienta la sociedad y dice representarla, vuelve a entregarle ahora al interés particular la prestación de los servicios públicos que ayer luchó por arrebatarle a los comerciantes, a los industriales y a los amos del capital financiero.

A pesar de las contrariedades del libro de Mayor, a él tendrán que volver los futuros analistas del pensamiento colombiano y los interesados en los variados aspectos de la obra de Alejandro López. Sus capítulos han trazado el marco general; ahora resta ajustar análisis, recusar santorales y afinar detalles apenas sugeridos, pero implícitos en sus páginas. López fue un hombre nada corriente en el medio colombiano. El esfuerzo y el tesón personales constituyeron su característica esencial. Aprovechó el impulso inicial de los padres, y a continuación se apropió de los furias del *self-made-man*. En su obituario, B. Sanín Cano escribió que era la personificación de la “tenacidad en el propósito” y de la “fe en sí mismo”. Nada de lo que retenía su atención parecía quedar a medio camino. Proveniente de los círculos artesanales, de las clases medias tradicionales que laboraban con sus propias manos y eran dueñas de sus instrumentos de trabajo, buscó y encontró en la educación, en el matrimonio y en la política un medio de ascenso y de afirmación sociales. Triunfó en Antioquia como político y como profesional, y cuando tuvo la oportunidad de

afincarse en Bogotá una vez elegido a la Cámara de Representantes, optó por abandonar el país para radicarse en Inglaterra en busca de una educación adecuada para sus cuatro hijos que apenas superaban la infancia. Quería para ellos la mejor instrucción en un país que todavía ostentaba el dominio en los negocios y ofrecía una enseñanza media y universitaria integrales sin olvidar la formación en una profesión útil y aplicada. Eran los recursos humanos que necesitaba Colombia. Pero aquí los proyectos de López no dieron los resultados esperados. La trabajada inversión extranjera en "capital humano", una expresión que le era muy familiar, tendió a diluirse hasta

hacerse imperceptible. Su hijo mayor, que había manifestado intereses por la pintura, se suicidó a los veinte años, y el que le seguía se hizo ingeniero, pero a poco debió ser internado en una clínica de reposo. El tercero se inclinó por la química y el menor por la exaltada ingeniería civil. La ciencia y la técnica, la industria y la mecánica, eran parte del ideario doméstico, donde imperaba una absorbente doctrina del éxito derivada de la constancia, la dedicación y la tenacidad personales. El círculo más íntimo de los López semejava un pequeño averno dirigido por las miradas inquisitivas del padre, un asmático crónico, que buscaba estampar su experiencia particular en el ánimo

y destino profesional de sus vástagos. Éstos, por su lado, ya ingleses por idioma y formación, debieron experimentar una intensa soledad interior, sin mayores posibilidades de escape y de realización personal. El hecho real –nos dice Mayor– es que cuando López regresó al país en 1935, sólo se lo vio acompañado de su esposa, del químico y del hijo más joven. Con el paso de los años, sin embargo, ninguno de ellos descolgó en la política, en el desempeño profesional o en el mundo de los negocios. Sus días se fueron diluyendo en las fatigas de la vida cotidiana, sin conocer la importancia colectiva que tanto había buscado el férreo y perseverante progenitor.